

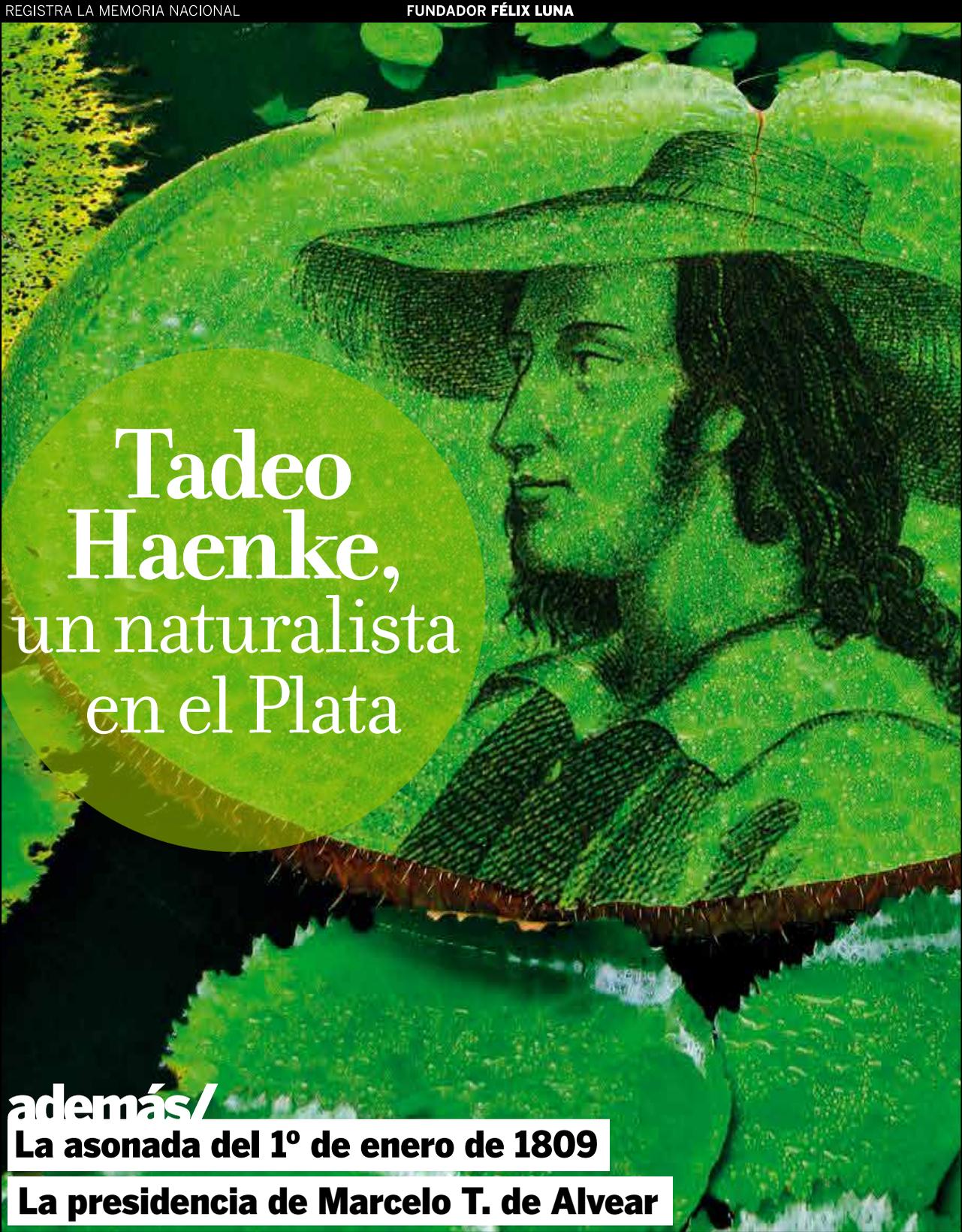
HISTORIA

TODOS



REGISTRA LA MEMORIA NACIONAL

FUNDADOR FÉLIX LUNA



Tadeo
Haenke,
un naturalista
en el Plata

además/

La asonada del 1º de enero de 1809

La presidencia de Marcelo T. de Alvear

6/

INVESTIGACIONES DEL CHECO EN AMÉRICA

Tadeo Haenke, un naturalista en el Plata

POR **Víctor A. Ramos y Ricardo N. Alonso**

20/

1809. LOS TIEMPOS PRE-REVOLUCIONARIOS

La asonada del 1º de enero de 1809. Una estocada a los españoles

POR **Pablo Bustos Thames**

32/

1922-1928. SEGUNDO PRESIDENTE DE LA UCR

Elogio de una gestión: la presidencia de Marcelo T. de Alvear

POR **Patricio José Clucellas**

62/

1842-1912. RETRATO DEL ESTADISTA ECUATORIANO

Eloy Alfaro y su militancia latinoamericana

POR **Roberto Ferrero**

además/

1/

TAPA

Collage sobre una foto de José Fernando Carli

4/

EDITORIAL

Lo que perdimos en 2020

POR Eliana de Arrascaeta

16/

LIBROS DEL MES

La cocinera argentina

de Marcela Fugarado y Paula Caldo, POR Oscar Andrés De Masi

46/

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA

A bordo de la Ushuaia y de la Rosetti: recuerdos de una prisión (3ª PARTE)

POR Juvenal

52/

HACIENDO MEMORIA

Las batallas de Monte Chingolo

POR Yulian

70/

FOTOHISTORIA DEL MES

Has recorrido muchacha...

POR Gustavo Adolfo Udry (h)

TH

REGISTRA LA MEMORIA NACIONAL

*"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir".
Cervantes, Quijote, I.IX.*

#637

DICIEMBRE DE 2020

Declarada de interés nacional por la Cámara de Diputados de la Nación en 1992; distinguida con el Premio Konex en 1997 y 2017 y premiada por su Trayectoria y Pluralismo por la Legislatura de la CABA, Resolución Nº 153/2012.

STAFF

DIRECTORA

Eliana de Arrascaeta

DIRECTORA HONORARIA

María Sáenz Quesada

COMITÉ EDITORIAL

Felicitas Luna y

Gregorio Caro Figueroa

REDACCIÓN

Martín Turner

DISEÑO GRÁFICO

Pablo Ravaschino

WEB todoeshistoria.com.ar

E-MAIL revista@gmail.com

FACEBOOK [todo es historia](https://www.facebook.com/todoeshistoria)

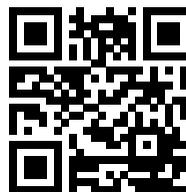
IG [@todoeshistoriarevista](https://www.instagram.com/todoeshistoriarevista)

Inscrito en la Dirección Nacional de Derechos de Autor 331.987

ISSN 2618-4354

Los artículos publicados en la revista, web o cualquier otro soporte, pertenecen a Todo es Historia S.A. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los mismos. Derechos reservados.

Los artículos contienen opiniones que la editorial no necesariamente comparte.



todoeshistoria.com.ar

La asonada del 1º de enero de 1809. Una estocada a los españoles

POR **Juan Pablo Bustos Thames**

Como un hito más producido en el bienio 1808-1810 en el que se desmoronó el Imperio hispánico, este movimiento porteño mostró el poder de las milicias criollas urbanas formadas para defender el Virreinato del Río de la Plata.

Después de haber sido ambos, héroes en las Invasiones Inglesas, el destino de Santiago de Liniers y el de Martín de Álzaga se bifurcó. El francés fue designado virrey del Río de la Plata, en reemplazo del marqués de Sobremonte y el español se parapetó en el Cabildo porteño, donde revestía el rol de alcalde de Primer Voto.

Don Santiago se convirtió en el carismático líder del partido de los criollos, que entonces empezaba a consolidarse; y don Martín acaudilló los intereses de los españoles de Buenos Aires, en especial de los comerciantes monopolistas, que traficaban con el puerto de Cádiz. Los peninsulares recelaban del apoyo irrestricto del que gozaba el virrey entre los nativos, y no les causaba ninguna gracia que Liniers haya puesto en sus manos las armas para defender a la colonia de los ataques del invasor inglés. Ya pasado el peligro, bregaban para que fueran desarmados los numerosos cuerpos criollos que amenazaban con su arrogancia, la tradicional supremacía con la que se conducían los europeos sobre los americanos.

Los españoles se indignaban por el escaso apego de Liniers a la gestión,

por su desinterés en la marcha de los negocios públicos y el preocupante déficit fiscal que empezaba a avizorarse. A todo esto, su notorio romance con Ana de Perichón y Vandeuil, compatriota suya y dama casada, así como el favoritismo que exhibió hacia la familia de su amante, contribuyeron a exaltar los ánimos de los puritanos vecinos hispanos, en la recatada Buenos Aires de principios del siglo XIX. Se acusaba a Ana de inescrupulosa, favorecer al espionaje enemigo, traficar influencias; y al virrey de corrupción y nepotismo. La gota que colmó el vaso fue la invasión napoleónica a España.

Los franceses pasaban de ser aliados, a enemigos de la metrópoli. Los ibéricos, residentes en la Capital no toleraban ser gobernados por un agente enemigo. Se empezó a orquestar toda una campaña de desprestigio contra Liniers, buscando su destitución, y se remitieron misivas descalificándolo y denunciando su desgobierno hacia todos los rincones del Imperio español.

Los criollos, por su parte, viendo esta nutrida agresión hacia quien les había otorgado las armas y les había infundido confianza y hecho sentir orgullosos de ser americanos, no dudaron en po-



nerse de parte del virrey, que no atinaba a defenderse. No se engañaban. Sabían que los españoles, después de Liniers, iban a ir por ellos; e hicieron de la causa del francés, la suya.

Intrigas y desconfianzas

El partido español se atrincheró en el cabildo porteño, donde su líder nato, Martín de Álzaga, empezó a tramitar la forma de deshacerse del virrey. Los principales líderes hispanos se reunían en la casa del obispo Benito Lué y Riega y decidieron deponer al virrey el 1º de enero de 1809; fecha en que anualmente tenía lugar la renovación de las autoridades del Cabildo porteño, monopolizado por la facción europea.

Su idea era elegir como regidores para el Cabildo de ese año a notorios enemigos de Liniers, que habían sido sus férreos opositores hasta ese momento.

Como la lista de los nuevos cabildantes debía ser aprobada por el virrey, asumían que éste la vetaría. Como respuesta, se convocaría, de inmediato, a un Cabildo Abierto que, como lo había hecho con Sobremonte un año y medio atrás, depondría al virrey, y pondría en caja a los criollos.

Parece que los complotados estaban tan

Paisaje céntrico

Vista de la Plaza del Fuerte, Recova y Cabildo y alrededores, pintados por Léonie Matthis.

confiados en su poder y no se imaginaban que nadie osaría oponerseles, que fueron bastante descuidados y muy poco reservados. Al decir de Ignacio Núñez, *“Todo se supo, y Liniers se combinó en que se conformaría con los nombrados cualesquiera que fuesen para quitar el pretexto”*¹.

Para asegurar el respaldo armado a la intentona, los sublevados comprometieron el respaldo de 3 de los cuerpos de origen español que Liniers había creado durante las Invasiones Inglesas: los vizcaínos, gallegos y catalanes.

Un partícipe notable de la conjura fue el joven Mariano Moreno, asesor jurídico del Cabildo sublevado. Tiempo después, su hermano Manuel Moreno, seguramente reflejando su pensamiento, recordó: *“Motivos más generosos y justos hicieron creer á los Capitulares de Buenos Ayres que era llegado el término de poner fin á una contienda desgraciada, y contener la insolencia de un Gefe que no gozaba la confianza de la parte sana del Pueblo. Resolvieron dár una asonada el dia 1 de Enero de 1809, y verificar con ella la deposición de Liniers. El proyecto en si mereció la aprovacion de los hombres sensatos que miraban con horror los desaciertos de aquel mando; pero conducido con la mayor*

impolítica por los principales Europeos de la oposición, se hizo odioso á las Tropas que sostenían al Gefe, y sus resultados fueron fatales”.

Por su parte, el coronel de artillería Pedro Andrés García, definió como “Un seminario de locos no podía haber obrado con más desacierto. Desplegaron como á porfía su altanería y provocación mirando en menos á las autoridades, y á los cuerpos de la guarnición”. En efecto, la pésima organización y la falta de reserva terminaron condenando esta intentona al fracaso más rotundo. No obstante lo cual, estuvo bastante cerca de haber resultado exitosa.

Vox populi

Cuenta Vicente Fidel López que Álzaga, “apenas quiso ponerse en acción, encontró dificultades de detalle que no había previsto. Sus adeptos vacilaron: de los tres cuerpos con que había contado, el de Vizcaínos se dividió completamente, á términos que mas de la mitad de sus filas, con muchos oficiales, se negaron á participar del movimiento. En el de Gallegos, se sintieron también muchas indecisiones y escusas: y solo el de Catalanes, que era diminuto, se conservó resuelto y firme. “Obligado por todo esto á postergar el pronunciamiento, se perdió la ocasión de combinarlo con el apoyo de Elío. Pero terco y empecinado, animado por una de aquellas voluntades que sin tener luz interna caen en la inflexibilidad del capricho, Alzaga se obstinó en reanudar sus medios y en llevar adelante su propósito, para probar fortuna al acaso, antes que desistir”.

Los complotados pensaban que Liniers (atento a su origen francés) no osaría actuar contra los españoles. La fecha elegida para el movimiento era adecuada, ya que, con el pretexto de la elección



Martín de Álzaga

Era alcalde de primer voto y dirigió el levantamiento.

de cabildantes, prosigue López “tenían ocasión de reunir en la plaza central á sus partidarios, y de alejar ó excluir á los que no lo eran; á fin de qué prevenidos y armados los primeros pudieran sorprender á Liniers, y apoderándose de la Fortaleza inmediata en que residía, á nombre del pueblo reunido allí.

A pesar del grande sigilo que los conjurados habían procurado guardar, se decía por todas partes que de un momento á otro debía estallar el motin militar encabezado por Alzaga, con el apoyo de los cuerpos de Vizcaínos, Gallegos, Catalanes y otros grupos de europeos facciosos.

Era tan pública ya esta voz por la jactancia de los conspiradores, que los gefes de patricios, de arribeños, de la artillería, de los húsares y los demás del partido del Virey, creyeron necesario dirigirle una nota comunicándole el anuncio de aquella conjuración, y pidiéndole órdenes y medidas para precaverla. Pero Liniers, que moralmente era débil é indeciso, no podía olvidarse de que era un francés al servicio de España: y miraba á los españoles como los dueños legítimos del país, teniéndose él entre ellos como de prestado y sin derecho para hacerles frente. Era en vano que le mostrasen el complot que adelantaba. La situación de su espíritu fué en estos momentos la misma que lo perdió en 1810”.

El sagaz coronel Pedro A. Garcia se enteró de todos los detalles de la conspiración el día anterior y junto a Cornelio Saavedra, corrió a ver al Virrey, para adoptar las medidas que hicieran fracasar el movimiento.

Liniers dudaba y sólo aceptó ordenar que las tropas se mantuvieran alertas en sus cuarteles respectivos “hasta que se les diese la señal de operar con tres tiros de cañón”; que el francés no estaba dispuesto a dar, por su temor a enfrentar abiertamente al partido español de

Buenos Aires.

Ignacio Nuñez cuenta que *“en la víspera, los gefes complotados repar-tieron cartuchos á bala à los cuerpos indicados, à los rebajados y Euro-peos sueltos, previniéndoles que al día siguiente al toque de campana y generala se presentasen armados en la plaza Grande, hoy de la Victoria. Saavedra y los demas ordenaron que los cuerpos sin escepcion se reuniesen en sus cuarteles el día 1°. á las 6 de la mañana”*.

Los conjurados ocuparon, desde las primeras horas, la Plaza Mayor y el Cabildo. Los catalanes formaron frente al Ayuntamiento. El resto de los cuerpos complotados *“estaban divididos en piquetes y repartidos por las azoteas de las casas inmediatas”*, narra Vicente Fidel López.

A la hora señalada

Una Comisión de los sublevados suministraba una contraseña secreta a los únicos vecinos autorizados a participar de las elecciones del Cabildo. Varios ingenuos criollos que intentaron ingresar; y que no la conocían, fueron arrojados a golpes y empujones. Estas mismas mañanas serían usadas por los patriotas, al año siguiente, con motivo del Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810.

Luego comenzó a repicar la campana del Cabildo, en forma insistente y violenta. Al principio, se creyó que estaba llamando a los vecinos a votar. Luego se supo que los nuevos cabildantes ya habían sido elegidos y proclamados. En su mayor parte, se reelegía a los que ya prestaban funciones —Álzaga entre ellos—.

Luego, una diputación del Cabildo, con su escribano, atravesó la plaza, rumbo al fuerte, residencia del Virrey, con el libro de Acuerdos, para que Liniers



Santiago de Liniers

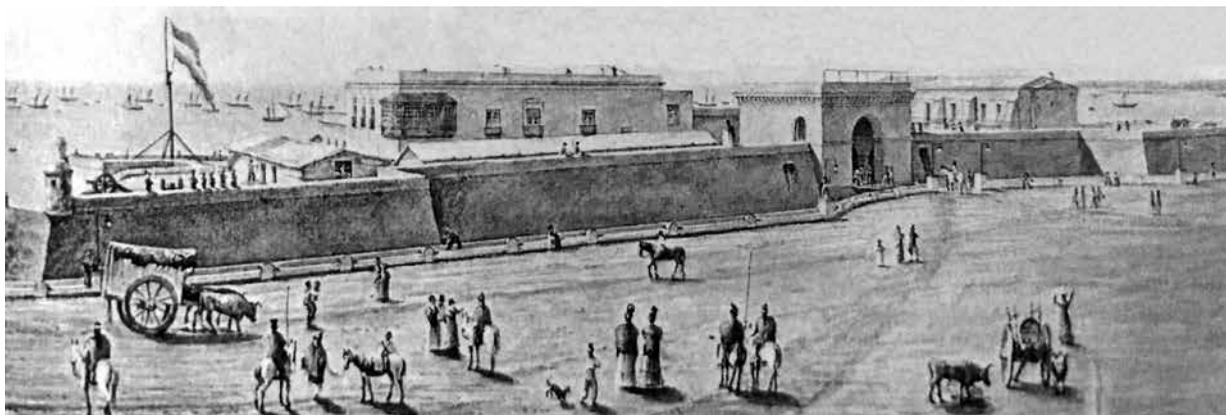
Este francés al servicio de España era virrey interino.

confirmara la elección. Cuenta Ignacio Nuñez, que era hijo del notario del Cabildo, y presencié los hechos, que *“un grupo considerable seguía à los Diputados: aquellos entraron y la guardia impidió el paso al grupo. Liniers sin ver á los nombrados, mandó al Secretario que estendiese el auto de confirmación; con lo que quedó frustrado el primer pretesto.*

Quando los diputados estaban fuera del fuerte, D. Estevan Villanueva, que era uno de ellos, dijo: La eleccion se ha aprobado, pero vamos adelante, y levantando la voz gritó: —‘Junta, Junta de Gobierno queremos’ y la plebe repitió lo mismo. Al momento sonó la campana de Cabildo: los cuerpos europeos se reunieron, echando tambores por las calles que tocasen generala y formaron en batalla al frente de las Casas Capitulares: al poco rato todo estaba lleno de gentes; las boca-calles de la plaza estaban con centinelas que permitian la entrada y negaban la salida”.

Según Vicente Fidel López, quienes se encontraban en la plaza empezaron a gritar: “¡Muera el francés Liniers! ¡Afuera el ahijado de Pepe Botellas! y á pedir en tumulto que los nuevos Cabildantes pasasen en cuerpo al Fuerte á exigir la renuncia del Virey, en nombre del pueblo español y de los sagrados intereses de la monarquía”. Cuando el griterío de la plebe se tornó en una aclamación general, Álzaga salió al balcón del Cabildo, aclamado por la multitud.

Los hizo callar y con voz potente les dijo que el Ayuntamiento los había escuchado y que acataría su clamor. Por ello, una comisión, encabezada por el Obispo Diocesano, se dirigiría al fuerte, a solicitarle al virrey que accediera al pedido del pueblo y que renunciara, a fin de evitar un derramamiento de sangre y una atroz suerte a la ciudad.



El público estalló en aclamaciones y júbilos. Al instante, se vió al obispo Lué cruzar las dos plazas que separaban al Cabildo del Fuerte, acompañado de la comisión designada por el Cuerpo, para exigirle al virrey su renuncia.

En defensa del virrey

Escribe Manuel Moreno que su hermano, “*El Dr. Moreno fue llamado á la Sala Capitular durante esta emergencia á manifestar su dictamen como Letrado y como Vecino; y cierto como estaba de la torpeza con que se conducia el negocio, tubo la firmeza de manifestar su opinion con la energia y franqueza que corresponden á un hombre de bien. Como era de esperar, su voto fue contrario á la subsistencia de Liniers en el mando de Virrey de aquellas Provincias, y aún tubo el valor de presentarse publicamente en la Plaza con la Diputacion del Cabildo que le intimó su cesación*”.

Liniers recibió a la comitiva un poco turbado y bastante sumiso. Escuchaba y asentía el pedido de los asistentes. Aceptó renunciar a condición de que no se lo reemplace por una Junta, a la que veía como el origen de una anarquía sin fin. Propuso delegar el mando en un respetado jefe, a quien le correspondiera jerárquicamente.

Vicente Fidel López acota: “*Mas como*

Sede del Gobierno

En el fuerte se destaca la casa del virrey con balcón peruano y arco de triunfo.

Acuarela de Carlos H. Pellegrini, 1829.

esto no cuadrara á los conjurados, comenzó una serie de venidas y vueltas al Cabildo que demoró mucho el resultado”.

A todo esto, Liniers jamás dio la orden de disparar los 3 cañonazos, para agrupar a las tropas que lo respaldaban. En medio de esas tratativas, los criollos se sentían impotentes y ansiosos. Corrían todo tipo de rumores. Sobre todo, que Liniers ya había dimitido.

En la desesperación, y a falta de la señal acordada con Liniers, Cornelio Saavedra salió con los patricios de su cuartel y rodeando la plaza, para no confrontar con los complotados, se introdujo en la Fortaleza por la puerta “*escusada*” o del “*socorro*”, que daba hacia el Río de la Plata. Así, no fue visto por los confabulados, e hizo formar a los 3 batallones de su unidad en el patio de armas del fuerte. Un testigo de esos días dijo que no faltó un solo hombre, de ese cuerpo. El cuartel de Patricios quedaba, en esa época, ubicado en la actual Manzana de las Luces, en la dependencia de la antigua Junta de Temporalidades, que administraba los bienes dejados por los Padres Jesuitas; se ingresaba por calle Perú, entre Moreno y Alsina. Luego, espada en mano, Saavedra subió a los trancos la escalera que conducía al primer piso, donde estaba el despacho del Virrey, e irrumpió en la reunión de éste

con el obispo y su comitiva.

En simultáneo, los demás cuerpos fieles a Liniers, en combinación con los patricios, se movilizaron. El coronel Pedro Andrés García de Sobrecasa, con 100 artilleros, ayudados por los cántabros, pardos y morenos, comenzó a arrastrar 8 piezas desde su cuartel, hacia la plaza, donde estaban los sublevados. El cuartel de artilleros de la Unión estaba ubicado en el Convento de La Merced, en las intersección de las actuales calles Reconquista y Juan D. Perón.

Ignacio Núñez sostiene que Saavedra no obró espontáneamente sino que recibió instrucciones de Liniers para ocupar el fuerte con sus patricios y narra que *“los Arribeños que ocupaban la Merced, se apoderaron del Parque que estaba frente á las Catalinas, de modo que cuando el segundo comandante de Gallegos D. Jacobo Adrian Varela fué con la compañía de Granaderos á sacar armamento, ya no pudo. Todos los demas puntos de la Guarnicion estaban seguros por que dieron ese dia las guardias á los patricios”*.

Liniers no quería enfrentarse a los españoles pero tampoco quería ser depuesto. No tenía coraje para ordenar una represión sangrienta, y prefirió dejar hacer; así las consecuencias recaerían sobre los cuerpos criollos, que habrían actuado espontáneamente, y no sobre él, por eso no disparó la señal acordada de 3 cañonazos.

A Liniers no le agradó la irrupción sorpresiva de Saavedra, y mientras se planteó una acalorada discusión entre todos los presentes, el Virrey le dijo en reserva a Miguel de Azcuénaga, que acompañaba al jefe de patricios, que ordenara a éste a regresar, con su cuerpo, a su cuartel, a la espera de la evolución de los acontecimientos.

Mientras tanto, se había producido una

Los españoles que detentaban el monopolio comercial con Cádiz, eran poderosos pero minoritarios. Los criollos, no sólo eran mayoría sino que además, poseían armas. La correlación de fuerzas quedó en evidencia cuando los primeros quisieron forzar la destitución de Liniers.

áspera discusión entre los patriotas, que entraron tras Saavedra al despacho del virrey y la comitiva que acompañaba a Lué, en presencia de Liniers. Al decir de Mitre, *“El obispo Lue, que habia sido uno de los directores del movimiento, y en cuya casa se habian reunido los conspiradores, acudiò al Cabildo al toque de la campana; pero viendo el distinto aspecto que habian tomado las cosas, se ofreció á servir de intermediario de paz, y en tal carácter se presentó en la Fortaleza. Un diálogo animado se trabó entre él y el Comandante Saavedra, en presencia del Virey. Aquel le pedia que se retirase para evitar la efusión de sangre, que él respondia que la reunion de la plaza se disolvería; y el segundo protestaba que el Virey no seria depuesto como lo intentaban los revoltosos. Ultimamente viendo que el inconsistente Liniers estaba próximo à ceder, declaró terminantemente que saldria si el Virey lo ordenaba; pero por la puerta principal de la Fortaleza, atravesando la plaza; y que permaneceria con su tropa reunida en los cuarteles hasta que los cuerpos españoles abandonasen la plaza”*.

La disolución del movimiento

Ignacio Núñez refiere que Saavedra sostuvo que no dejaría las armas hasta que los amotinados no hicieran lo propio. El Obispo le dijo que retirándose el potosino, todo quedaba concluido. Saavedra acordó retirarse si lo ordenaba el Virrey, bajo dos condiciones: *“1°. que saldria por la puerta del Fuerte á dirigirse al cuartel por la plaza, C°. que se mantendría con las armas mientras conservasen las suyas los amotinados”*. El Obispo asintió, por lo cual, Saavedra abandonó el fuerte, con su regimiento formado, por la puerta principal, en la creencia de que el Obispo cumpliría su palabra y haría desarmar a los sediciosos.

Cuenta Ignacio Núñez: “Se combino, y el Obispo pasó anunciarlo al Cabildo, (entonces fué à combinar). Con las precauciones correspondientes salió el Regimiento de Patricios: atravesó la plaza, pasó à los cuarteles de Montañeses y Artillería, con quienes se reunió y se formaron en el cuartel de Patricios con ocho piezas: tambien el corto cuerpo de Carabineros que mandaba D. Benito Rivadavia; estando en diferentes puntos listos los húsares, arriveños y pardos y morenos: los arriveños en el Retiro, y los de color en Monserrat, todos de acuerdo con Saavedra. Los europeos se mantenían con las armas, contra lo prometido por el Obispo: siguieron en el proyecto de erigir una Junta, y para cubrir esta novedad citaron á Cabildo á varios vecinos: en fin combinieron, y se procedió al nombramiento, que recayó en puros españoles, dando por Secretarios dos Americanos porteños D. Mariano Moreno y D. Julian de Leyva. Se extendió en el libro Capitular dicha acta, y solo el Cabildo con algunos vecinos pasó a la fortaleza á intimar al Virey la cesacion del mando, y el reconocimiento del nuevo gobierno. La Audiencia, el Tribunal de Cuentas, el Obispo, todos instaron á Liniers que se conformase á la voluntad del pueblo: combino al fin. Impuesto Saavedra de esta ocurrencia la hizo saber á sus compañeros: se decidieron á marchar á la plaza a dispararla á balazos. Por todós los puntos se hizo la entrada, á paso redoblado, desplegaron las columnas en batalla y sus ocho piezas. El cuerpo de Andaluces que tenia su cuartel al lado del Cabildo, ó por indeciso, ó por los enemigos se habia mantenido encerrado, pero al ver la línea, salió y se incorporó, quedando formado al frente de los complotados que ocupaban los altos del Cabildo”. Al descubrir Saavedra, de regreso a su cuartel, que Liniers había renunciado y



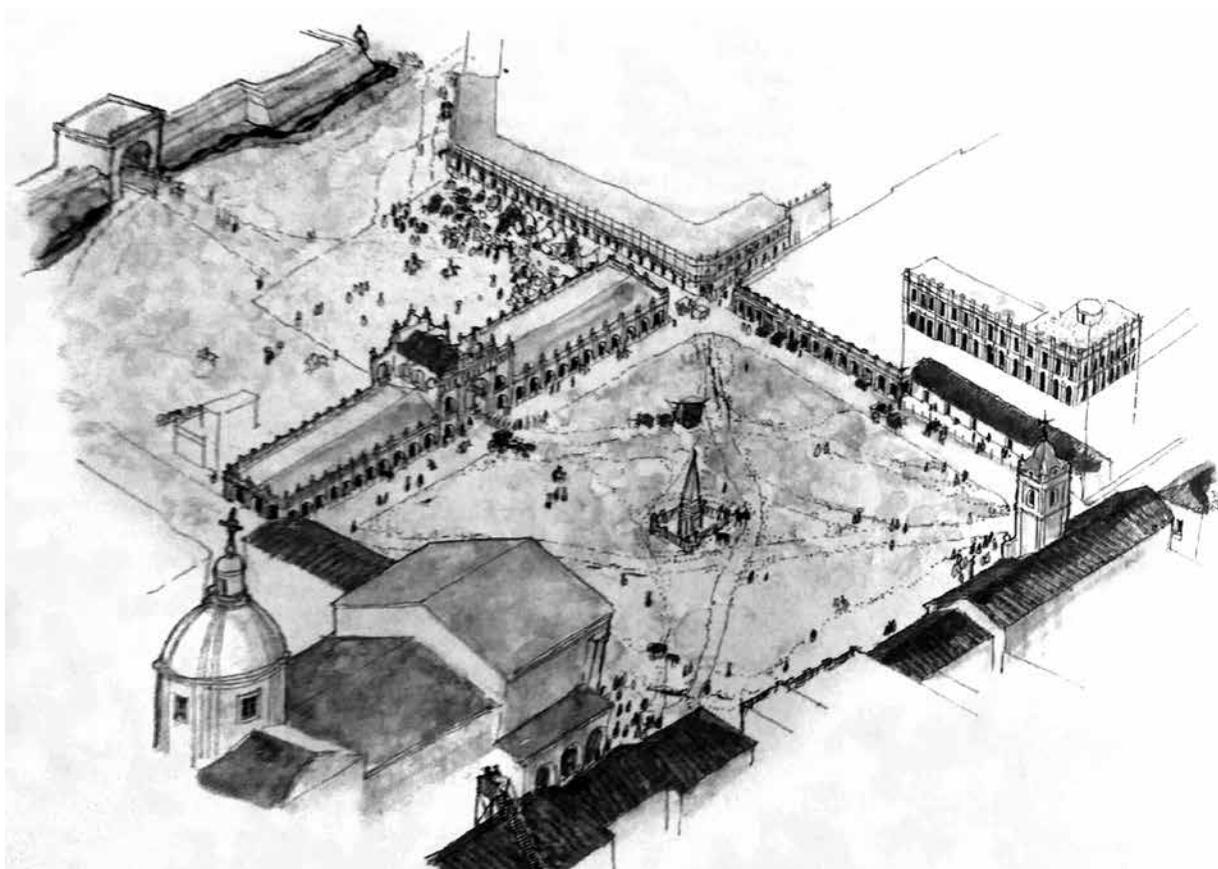
Cornelio Saavedra

El jefe de los patricios tuvo una destacada actuación de apoyo al virrey.

que los rebeldes seguían armados, ocupando la plaza y reforzándose más, resolvió, en conjunto con los demás jefes leales, sofocar, sin demoras, la asonada. Salieron todos los cuerpos criollos, encabezados por los patricios, compactos e imponentes, a desplegarse por toda la plaza del fuerte, desalojando a los sublevados; mientras los artilleros y arribeños convergían desde el Norte por la calle Reconquista.

Luego desalojaron la Recova y avanzaron hacia la plaza del Cabildo, ocupando las escalinatas de la Catedral y colocando los cañones que traía el coronel García, apuntando hacia los arcos del Ayuntamiento.

Dice Mitre, “Los Patricios formados en columna, despues de atravesar la plaza, fueron à golpear a las puertas de los cuarteles de los tercios de Montañeses y Artilleros de la Union, con los cuales creían contar los revolucionarios, y que por el contrario se pusieron bajo las órdenes de Saavedra; quien con este nuevo refuerzo, y con la incorporacion de los batallones de arribenos y pardos y morenos, y los escuadrones urbanos de húsares y carabineros, se halló à la cabeza de una fuerza incontrastable. D. Martin Rodriguez secundaba eficazmente los esfuerzos de Saavedra, mientras se establecian comunicaciones entre los diversos cuarteles, por medio de brechas abiertas en las paredes interiores”. En ese momento, el foco rebelde del Cabildo empezó a colapsar, y uno de los líderes de la revuelta empezó a agitar, desde los balcones del Ayuntamiento el estandarte real “que por señal de la conquista, estaba depositado en el Cabildo, con más clamor de la campana,” al decir de Mitre. Este último esfuerzo no consiguió movilizar a los sublevados, que se desbandaban igual. “Este fué el presa-



gio siniestro de la caída de la monarquía, simbolizado por aquel pendón secular. Pocos acudieron al solemne llamamiento, y desde aquel día el estandarte real no se volvió a desplegar sino para solemnizar las festividades populares de la República, que ya todos pudieron presentir”, narra Bartolomé Mitre.

Mientras los artilleros encendían sus mechas, Saavedra ordenó desplegar también a los recién llegados andaluces, que pese a su denominación, estaba conformado básicamente por criollos. Ese cuerpo había permanecido indeciso, hasta que resolvió sostener al Virrey. Colocadas las piezas en posición, Saavedra intimó al Cabildo a desalojar el edificio y que se retiren todos los grupos armados en 10 minutos. En ese lapso, todos escaparon espantados por las calles adyacentes y los techos, ante

el temor del fuego de los cañones o las bayonetas.

La renuncia de Liniers

Acallados los disturbios, Saavedra dejó a cargo del dispositivo al sargento mayor de patricios, Don Juan José Viamonte; y regresó presurosamente al fuerte. Mientras los cuerpos criollos disolvían la manifestación, la comitiva del obispo había convencido al virrey de renunciar. Su dimisión ya estaba escrita y se discrepa sobre si Liniers la alcanzó a firmar o no.

Para Gregorio Funes, “Retenido el furor de las tropas, y congregados en la real fortaleza el obispo diocesano, la Audiencia pretorial, el cuerpo Municipal del año anterior y el del presente; el teniente general D. Pascual Huidobro, el brigadier D. Joaquin Molina, con otros personajes de

Vista aérea

La plaza dividida por la recova vieja. A un costado el empedrado del mercado.

El Cabildo de Buenos Aires

Como era en tiempos coloniales, antes de su mutilación.



representación, tomó el virey la palabra y les propuso, que á fin de calmar la sedición estaba pronto á dimitir el mando en el oficial mas condecorado, con tal de que no se diese ingreso á esa junta, objeto el mas peligroso de su vigilante actividad, y se sostuviese el órden prescripto por las leyes. Antes de aceptarse esta medida de conciliación, se tentó el medio de hacer intervenir con los amotinados las persuaciones del prelado y de algunos ministros; pero viendo que el resultado no era á favor de la buena causa, se admitió por el congreso la dimisión y se diputaron tres regidores, que informasen al pueblo de esta novedad". Al ingresar al despacho del Virrey, Saavedra lo encontró con su renuncia en la mano. Todos se volvieron a sorprender con esta nueva irrupción del potosino. El Obispo lo recibió con estas palabras: "Gracias a Dios todo está concluido: Su Exelencia ama mucho al pueblo, y no quiere esponerlo á que por su causa se derrame sangre. Se ha convenido en abdicar el mando".

En ese momento todos se enteraron lo que había pasado en la plaza. Los sublevados le exigieron al virrey que convocara a los jefes leales, para que les explicara que acababa de renunciar. Al llegar todos al despacho de Liniers, el Obispo los recibió afectuosamente: "Que allí veía en uno el alma de un Milcíades; en el otro á Temístocles: quién era Epaminonda, salvador de Tebas, quién Cincinato ó Eumenes". También aludió hasta héroes bíblicos, como Josué o los Macabeos. Prosiguió el prelado: "Cuánta honra, cuánta recompensa les esperaba á todos el día próximo en que la Metrópoli agradecida pudiera volver los ojos sobre ellos, que eran sus hijos predilectos, los salvadores de la corona en 1806 y 1807. Pero el principal, el mas grande, el nunca igualado en virtudes, valentia y grandeza de alma, era el señor virey, el ínclito Liniers, objeto de amor y de gratitud para todos los españoles, del rey abajo. Este hombre incomparable...". Los jefes criollos se miraban asom-

brados, sin entender a qué venía tanta reverencia. Hasta que uno gritó desde atrás: “¿y qué quiere al fin el santo barón?”. Luego de unas risas del caso, otro acotó: “Señor obispo, pronto va á ser de noche y santas pascuas con su sermón”; lo que generó unas carcajadas generalizadas.

Haciendo caso omiso a las burlas, Su Eminencia señaló a Liniers y dijo: “Este hombre incomparable, hoy mas grande y mas virtuoso que antes, acaba de condescender con la voluntad del pueblo: y ya se ha dimitido del mando: ya no es virey, por un acto magnánimo que le honrará por toda su vida”.

“Sres. Comandantes, demos gracias a Dios: todo está concluido: Su Exelencia ama mucho á este pueblo, y no quiere esponerlo á que por su causa se derrame sangre en él; ya ha combenido en abdicar el mando, y se está extendiendo la acta”. Prosiguió el Obispo.

Sorprendido, Saavedra le respondió: “¿De qué pueblo habla Su Ilustrísima? Pues qué, ¿nosotros no somos el pueblo, con mayor razón, y con mayor número que los que acaban de dispersarse; porque eran apenas un puñado de truhanes? Nosotros, señor obispo, somos el pueblo que defiende las leyes del vireynato y de la monarquía, y el señor virey no puede renunciar un mando que le ha dado el rey, y que solo el rey, ó los que lo representan, pueden quitarle. Ni queremos ni permitimos que renuncie”.

Sus camaradas refrendaron sus palabras: “no lo permitiremos”.

En tono suplicante, replicó el Obispo a Saavedra: “no quiera Vd. envolver este pueblo en sangre!”.

“Ni yo, ni mis compañeros hemos causado esta revolución. He dicho y vuelvo à repetir, que no hay causal que cohoneste tal violencia” replicó el potosino.

Lué repetía: “Es voluntad del pueblo que

¿Quién era el pueblo?
¿El obispo y los funcionarios del Cabildo o los cuerpos de milicias en los que se alistaba buena parte de la población incluidos pardos y mulatos?
La respuesta es el fracaso de la asonada contra el virrey, presagio de la caída posterior del Imperio español en América.

el Virey no continuase mandando”.

Saavedra le contestó: “Esa es una falsedad. En prueba de ello, venga el Sr. Liniers con nosotros: preséntese al pueblo y si él lo rechaza y dice que no quiere su continuación en el mando, yo y mis compañeros suscribiremos el acta de destitucion”; y tomando resueltamente al virrey del brazo, junto con Martín Rodríguez, continuó: “Baje V. E. à oír de boca del pueblo cual es su voluntad”.

El triunfo criollo

El obispo intentó decir algo, pero los militares se le burlaron. Uno del montón le dijo: “Su Ilustrísima vaya á mandar y predicar á la Catedral, que aquí no tiene papel decente, ni propio, ni decoroso”.

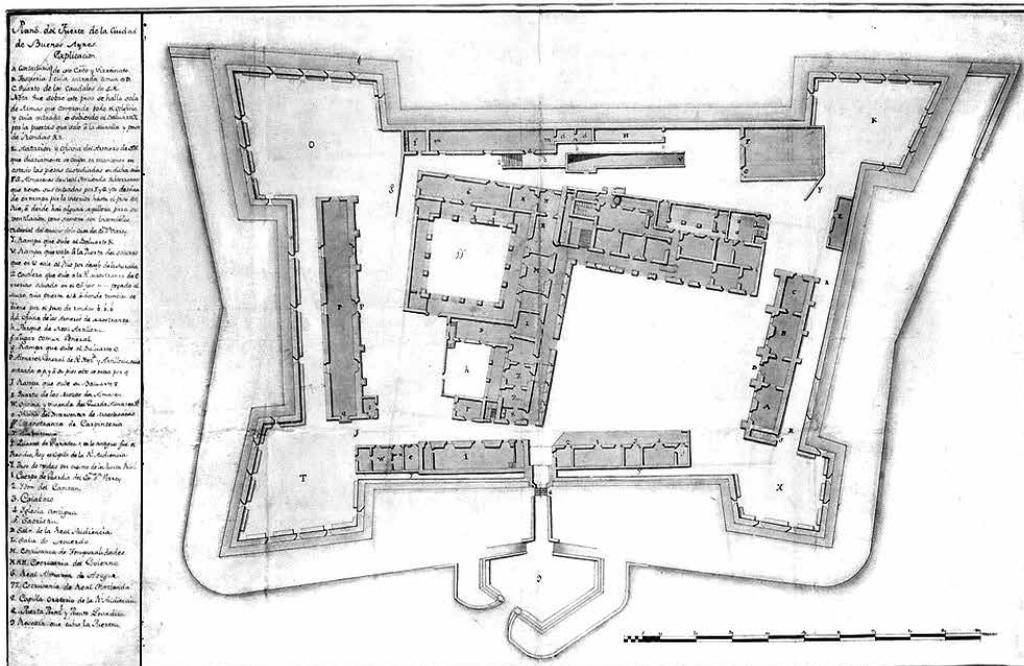
Ofendido, Lué replicó: “¡Os hago á todos responsables de los males con que el cielo va á castigar á este pueblo, y de la sangre que vá á derramarse!”. Un griterío general le contestó que sí, que aceptaban esas responsabilidades al salvar la autoridad del virrey de los facciosos. En cuanto a él, “era ya tiempo de que se retirase á su iglesia, dejando de figurar en motines escandalosos”.

Liniers salió temeroso del fuerte hacia la plaza, cruzando el puente levadizo. Los criollos, que habían copado la plaza, junto a las tropas leales, lo llevaron en andas, sin dejarle siquiera ponerse su sombrero. Una multitud informe lo llevó hasta el frente de sus tropas. Todos gritaban: “¡Viva Liniers!”, mientras los rebeldes huían hacia sus casas.

Otros gritaban: “¡Viva Don Santiago Liniers! ¡No queremos que otro nos mande!”. Hubo esclavos que se quitaban sus camisas, y las ponían de alfombra, a los pies del Reconquistador. Ante semejante despliegue, los cabildantes que salían del fuerte quedaron aterrados. En ese momento, Feliciano Chi-

Fuerte de Buenos Aires

Residencia del Virrey del Río de la Plata, en su Primer Piso, ala Sur.



clana, que había secundado a Saavedra, con un pañuelo envuelto en su cabeza, arrebató el acta de renuncia que tenía el escribano del Cabildo entre sus manos temblorosas, y la rompió en pedazos, en presencia de todos. Mitre sostiene que fue Liniers quien, al salir del fuerte, y envalentonado, ante el nuevo cuadro de situación, ordenó a las tropas que terminaran con la resistencia de los facciosos, que se habían posicionado en los balcones del Cabildo. Allí fue, según don Bartolomé, que ante un amago de carga de los patricios, los rebeldes huyeron despavoridos, arrojando sus armas por las calles. Juan Ramón Balcarce, al frente de los húsares dispersó a los pocos que aún quedaban. Por su parte, Ignacio Nuñez cuenta que “La acta fué por esto anulada: Liniers dió orden á Saavedra de desarmar á los cuerpos por bien ó por fuerza: á la segunda intimacion arrojaron las armas sin hacer fuego y corrieron por las calles saltando paredes, y escondiéndose en todos los rincones. En la noche ya todo quedó quieto

y triunfantes las armas americanas”. Así terminó esta asonada tan famosa en nuestra historia. Sofocada la intentona, esa misma noche el Virrey constituyó un tribunal especial, con acuerdo de la Real Audiencia, y la asistencia de 2 fiscales. Se calificó al movimiento como “atentado y traición”. Los acusados recibieron la pena más leve por tales delitos: deportación a una guarnición remota, hasta la sentencia definitiva, por parte del Consejo de Indias. Fueron capturados, en el acto, los cabecillas del motín y deportados a Carmen de Patagones. Los cuerpos de vizcaínos, catalanes y gallegos fueron disueltos; y privados de sus estandartes y armamento. De este modo, quedó destruido el partido europeo, quedando como única fuerza armada los cuerpos criollos que habían sostenido al Virrey y preponderantes los cuerpos de los naturales que formaban el poder armado y la opinión manifiesta de todo el país. Consigna Funes, “A juicio del virey Liniers

cinco eran los sujetos que daban mérito á esta inquietud de espíritu; á saber: D. Martin de Álzaga, D. Olagner Reynals, D. Estevan Villanueva, D. Juan Antonio Santa Coloma y D. Francisco Neira. Como capitulares del año anterior habian sido estos mismos unos de los concurrentes al congreso del Fuerte; y como los mas sindicados de ser el jérmen funesto de esta conspiración, fueron tambien desde aquí mismo destinados á Patagónicas. No faltaron opiniones, que los hacían dignos del último suplicio”.

Duró poco el castigo impuesto a los complotados. Apenas el gobernador de Montevideo Javier de Elío, acérrimo enemigo de Liniers, se enteró del extrañamiento, remitió un buque del Apostadero Naval oriental, asaltó Patagones, rescató a los convictos y los llevó de regreso a Montevideo, donde tuvieron un cálido recibimiento, “como mártires heroicos de la santa causa de la madre patria” dice López.

Mariano Moreno había sido un protagonista crucial de la intentona de Álzaga. Había asesorado a los complotados y los acompañó en las sucesivas reuniones con Liniers y los jefes militares. No obstante lo cual, menciona su hermano Manuel que “las proscipciones, confiscaciones y destierros que sucedieron á aquella empresa malograda, hubieran comprendido al Dr. Moreno. Pero la virtud y el crédito fueron esta vez respetados. Los Capitulares fueron inmediatamente desterrados á Patagones por el Virrey Liniers; y no solamente se les impusieron graves vexaciones á sus personas, y á sus bienes: se trataba tambien de hacerlos parecer como tumultuarios ante el Tribunal de la Nación. Su honor estaba en un riesgo inminente, expuesto sin defensa á los ataques de la venganza de un Virrey favorecido por las autoridades subalternas.

Varias proposiciones se hicieron al Dr. Moreno para que se encargase de la defensa del Cabildo ante el Gobierno Soberano; y no obstante que eran grandes los perjuicios que se le seguían de abandonar su casa, y atravesar el mar por una causa cuyos resultados no se podían asegurar, en el estado incierto en que se hallaba la Nación, estuvo resuelto á verificar su viage á la Peninsula, que hubiera executado, si los que desgraciaron el proyecto del 1.º de Enero se hubieran corregido de su iliberalidad en los medios de su defensa”.

Pese a que muchos de los complotados pidieron a Moreno que los defiendan en Madrid, su desprolijidad y falta de miramientos impidieron que Mariano asumiera esa responsabilidad profesional.

Esta asonada mostró a los futuros líderes de la Primera Junta (Saavedra y Moreno) en bandos antagónicos. Desde entonces no coincidían políticamente, y seguramente se tenían antipatía. Además, hubo dos “tercios” españoles que sostuvieron al virrey: los andaluces y los montañeses; pues muchos de sus miembros eran criollos, hijos de españoles.

Otra sorpresa fue que los “Patriotas de la Unión”, cuerpo creado y sostenido por el Cabildo se enfrentó a su propia Institución madre.

Agradecido, Liniers reconoció que “la energía y el patriotismo de los Cuerpos y Jefes ya citados me sacaron de este conflicto con el mayor denuedo”.

En palabras de Cornelio Saavedra, “Así terminó aquel memorable día y digo memorable, porque en efecto, en él las armas de los hijos de Buenos Aires, abatieron el orgullo y miras ambiciosas de los españoles”.

Nota: Se ha respetado la grafía original de las fuentes citadas en este artículo.

Biografía

López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina. Su origen. Su Revolución y su Desarrollo Político hasta 1852.* T. III, Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor. Imprenta de Mayo. Calle Perú 115. 1883.

Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano,* T. I, Buenos Aires, Editores Ledoux y Ca., dueños de Librería de la Victoria - Calle Florida 30 - Imprenta de Mayo - Calle Perú 115 - 1859.

Funes, Gregorio: *Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay,* 2ª Edición, T. I, Buenos Aires, Imprenta Bonaerense, Calle del Perú 171 - 1856.

Núñez, Ignacio Benito: *Noticias Históricas de la República Argentina,* Vol. I, Buenos Aires, Imprenta de Mayo - Calle Defensa 73 - 1857.

Moreno, Manuel: *Vida y Memorias del Dr. D. Mariano Moreno, Secretario de la Junta de Buenos Ayres...*, Londres - Imprenta de J. Mc Creery, Black Horse Court, Fleet Street - 1812.

Dibujos en lápiz del arquitecto Carlos Moreno: *Apuntes sobre los tiempos del nacimiento de la Patria,* Bs. As, 2010.